

guel III, que quería tener cerca de su persona á los sugetos mas distinguidos por su Santidad. Aunque Atanasia vivia retirada en un monasterio de esa corte con la misma soledad, y casi iguales ejercicios que en el suyo, suspiraba continuamente por su vuelta, la que no consiguió hasta los siete años; pero á los pocos dias de su regreso á la *Timia* cayó mala de la última enfermedad. Desde los principios de ella previó así la Santa, y como si estuviese segura de ello, no quiso interrumpir sus abstinencias ni oraciones, preparándose con fervor para la muerte.

A los doce dias de su enfermedad, habiendo comenzado á rezar el Salterio segun acostumbraba, sintió repentinamente que le faltaban las fuerzas. Llamó á sus hermanas, díjoles que fuesen á concluir en la Iglesia los salmos, indicándoles habia quedado en el novena y díóles el último adios. Fueron las religiosas á cumplir con esta súplica, y á su vuelta ya no tuvieron mas consuelo que el de recibir su bendicion, y verla espirar dulcemente en sus brazos.

Confirmó Dios con milagros la opinion que dejó de su santidad. Algunos dias despues de su muerte se apareció á la abadesa su sucesora, reprendiéndola su descuido en no haber mandado practicar por el reposo de su alma los acostumbrados sufragios, asegurándole que luego que se hubiesen concluido entraria en la gloria, pues se hallaba detenida en el purgatorio. Verificóse esto al tiempo señalado, en que dos religiosas la vieron coronar sobre el altar. Su sepulcro se hizo célebre por los diversos milagros que se obraron en él; y despues de mucho tiempo su cuerpo se encontró entero, y habiéndole mudado unos vestidos muy costosos lo trasladaron á una urna.

Aunque Santa Atanasia murió el 15 de Agosto, su fiesta se celebra este dia, porque el de mañana se halla dedicado á la Asuncion de la Santísima Virgen, de cuya vigilia hace tambien hoy conmemoracion la Iglesia.

*La Epistola es del capítulo XXIV del libro de la Sabiduría [Eclesiástico] (pág. 377).*

Yo como la vid broté pimpollos, &c.

*El Evangelio es del capítulo XI de San Lucas (pág. 27).*

En aquel tiempo: Hablando Jesus á las turbas, &c.

## MEDITACION.

*Sobre la obligacion en que estamos de buscar nuestro último fin.*

Considera que Dios te dice: "Yo soy principio y fin del hombre, así como el mar es de los rios." Todas las cosas buscan su fin como vemos y se dirigen á su centro; la piedra á la tierra, el fuego á su region, el rio á la mar, y tú hombre pervertidor del órden que en todo puso Dios, ¿á quién buscas? ¿Es á él? ¿Pero cómo lo buscas, si huyes del camino por donde lo has de encontrar? El Apóstol te amonesta que busques las cosas de arriba y no las de la tierra, que no hagas caso de los bienes corruptibles, y que pongas tu corazón en los celestiales; que desprecies lo visible, y apetezcas lo invisible. ¿Lo haces así? ¡Ah! todo lo contrario, lejos de correr como el rio en busca del mar, te encuentras como la piedra buscando la profundidad: ¿y cuál sea está? horroriza el pensarlo. Dios te crió para que le goces, y solo te pide en recompensa de tan gran favor que dejes por su amor lo que la muerte por fuerza te ha de quitar. Levanta pues, tu corazón á las cosas del cielo, para que trabajes en conseguir el alto fin para que fuiste criado.

Considera que pregunta el Salmista diciendo: ¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién estará en su santo lugar? Responde él mismo y dice: "El que no recibió en vano su alma. En vano se recibe lo que no se emplea en el fin para que se recibió. En vano se compra la ropa, si nunca se viste. En vano ¡oh hombre! recibiste el alma, si no haces con ella los oficios para que fué criada. Crió Dios tu memoria, para que te acordases de él: tu entendimiento, para que le conocieses; y tu voluntad para que le amases. Justo es, ya que te hizo Dios, para amarle y servirle, que en este ejercicio gastes estos breves dias para alcanzar el glorioso fin para que fuiste criado. El que teniendo alma, vive como si no la tuviera, y ocupa su entendimiento en adquirir honras y riquezas, y emplea su voluntad en amar los bienes de este siglo: este, en vano recibió su alma, pues Dios no la crió para eso. El mismo quiso ser último fin del hombre, para lo cual se ordenan todas las otras cosas. No constituyas tu último fin, en ninguna de las cosas de la tierra, porque ni la honra, ni riqueza, ni herencia, ni cosa alguna criada, te puede consolar, ni satisfacer. Quitá, pues, tu corazón de todas las cosas de la tierra, y ama solo á Dios para quien fuiste criado."

## PETICION Y PROPÓSITOS.

Conozco, Señor, que he invertido fatalmente el órden bajo que me constituisteis: vos me criasteis para que os amara y sirviera, y yo puse mi amor en la criatura, me incliné á ella como á centro, la busqué como á fin. ¡Desorden imperdonable en un hombre alumbrado por vuestra gracia, atraído por vuestro amor! Mas ya, Dios mio, vuelvo al sendero de la razon: vos sois mi último fin: vos sois mi centro: á vos sirvo, á vos amo, á vos me entrego de todo corazón: Haced por vuestra bondad que así lo cumpla, y perdonadme el gran yerro que cometí y confieso humildemente.

## JACULATORIA.

¿Quién me separará del amor de mi Dios?

## LECCION.

*Sobre la necesidad de confesarse á lo ménos una vez en el año.*

Para mas convencernos de la justicia del segundo mandamiento de la Iglesia, y de la obligacion que hay de obedecerle, basta reflexionar un poco sobre la necesidad que tenemos de convertirnos á Dios, de hacer penitencia. No faltan doctores que opinan que cuando uno ha caído en pecado mortal, está obligado á confesarse luego inmediatamente que tiene ocasion y comodidad para ello, so pena de incurrir en nuevo pecado; mas esta opinion, aunque efectivamente es la mas segura, no es la mas seguida: con todo, debemos convenir en que no puede uno estarse encenegado en el pecado, sin poner en peligro su salvacion. *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia, porque su ira vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza te perderá,* dice el Eclesiástico. Mas no por esto creamos que haya tal obligacion so pena de nuevo pecado, pues así opina Santo Tomas con el comun de los teólogos. La razon es porque el precepto de la confesion es simplemente afirmativo, y no obliga siempre y por siempre, sino solamente en cierto tiempo y en ciertas ocasiones, como por ejemplo, cuando se tiene que recibir algun sacramento de los que exigen estar en gracia para recibirle, y comunmente llaman de vivos; cuando se tiene que administrar cualquiera de ellos; cuando hay peligro de muerte, como los enfermos, los soldados que van á la guerra, las mugeres de par-

to; en estos casos y otros semejantes debe cualquiera confesar se, y aun está obligado á ello por precepto divino.

Por precepto de la Iglesia lo estamos una vez en el año desde que llegamos al uso de la razon. Aunque el concilio cuarto de Letran no declaró cual sea la edad de la discrecion, porque en efecto no es una misma en todos los niños, pues en unos se adelanta mas que en otros el uso de la razon, segun su temperamento fisico y segun su educacion, se puede no obstante decir que un niño ha llegado á esta edad desde que es capaz de dolo y de pecado. Tampoco la Iglesia ha determinado el tiempo en que debemos hacer la confesion anual; mas como quiera que nos manda comulgar en Pascua florida, de ahí es que entónces es cuando debemos confesarnos. Estamos obligados á hacerlo, no solo cuando hemos caído en pecado mortal, sino tambien aunque no hubiésemos cometido sino pecados veniales. Ademas del tiempo de Pascua conviene confesarse con frecuencia en todo el año, especialmente si somos de poca memoria y tememos que se nos olviden los pecados, como dice el catecismo del concilio de Trento. La Santa Iglesia nos manda confesar á lo ménos una vez al año; en esto mismo se conoce que esta tierna madre desea nos confesemos mas á menudo, y la experiencia enseña cada dia que aquellos que se confiesan rara vez, solo impelidos del precepto, no se conservan largo tiempo en la práctica de la piedad. Esta confesion anual debe hacerse con el propio párroco: se entiende por propio párroco, segun Santo Tomas, el obispo, el cura ú otro cualquier presbítero aprobado por el obispo. Hemos dicho que aunque la Iglesia no ha determinado tiempo preciso para esta confesion anual, con todo, su espíritu es que la confesion sirva de preparacion á la comunión pascual. Así el pecador de costumbre que corrompido por largo espacio de tiempo en la iniquidad, á quien por lo mismo no bastan los quince dias de la dominica de palmas á la de In Albis para prepararse á la comunión pascual, debe por lo mismo mucho tiempo antes, á lo ménos á los principios de Cuaresma, disponerse para reconciliarse con Dios. Esta es la intencion de la Iglesia, y una de las razones porque ha ordenado los cuarenta dias de ayuno ántes de la Pascua, como advierte Santo Tomas, y porque frecuentemente los obispos extienden el tiempo del cumplimiento pascual, desde el principio de Cuaresma, hasta mucho despues de pasada la Pascua, para dar á los fieles, aun á los mas perezosos, tiempo y lugar para hacerlo: condescendencias é indulgencias que ser-

virán de mas acriminar á los que no lo hacen por pretextos muchas veces frívolos y ridiculos. ¡Ojalá y se siguiese el consejo del célebre Pedro Blasense, que vivió pocos años antes del concilio de Letran, quien decia, que para comenzar bien la Cuaresma, debia principiarse la confesion con el ayuno. Es necesario, decia, purificarse, al principio de la Cuaresma, de los pecados mortales por una humilde y sincera penitencia, y al fin confesar los veniales que en el transcurso de ella se hayan cometido. ¡Ah! ¡cómo seria de desear que los pecadores siguiesen este santo y sabio consejo! Entónces tendríamos el consuelo de ver á la entrada de la cuaresma muchos penitentes; entónces nos regocijaríamos con ver en el tiempo de pasqua muchos justos; y entónces por último, habria ménos sacrilegios, mas verdaderas conversiones, mas perseverancia, mas justicia, y mejores costumbres.

Es tambien cosa digna de apetecerse que el hombre que se reconoce pecador, se confiese sin dilacion, sin esperar á mañana, ni á que se le obligue por un precepto. Mañana, dice el pecador, en la próxima cuaresma pondré en orden mi conciencia. La voz del cuervo, responde San Agustin, es la del pecador: él grita tantas veces *mañana*, y al fin no hay *mañana*. ¡Hombre infeliz que dilatas tu confesion, teme que se te diga lo que al rico avariento de que habla el Evangelio, á quien se le iba el tiempo en hacer proyectos para lo venidero; ¡Insensato, tú no piensas sino en juntar caudales y divertirte; en esta misma noche, sí, en esta misma noche te quitará Dios la vida, y te pedirá una cuenta exacta de todos tus pensamientos, deseos, palabras y obras! ¡Ah! ¡En qué vendrás á parar? Advier-te que el Evangelista te llama necio, porque no hay mayor necesidad que la de querer disponer de lo que no es nuestro. ¡Qué se diria si uno de esos pobres que piden limosna en las puertas de las Iglesias dijese á los que entran en ellas: á uno, os doy las islas Filipinas: á otro, os doy la mitad de la Francia? Se diria, y con razon, que estaba mas pobre de entendimiento que de bienes, que habia perdido el juicio, pues disponia de lo que no era suyo. ¿Y no es verdad, pecador, que dilatando tú la confesion, dispones de lo que no es tuyo? Dentro de un año, dentro de un mes, para la próxima festividad me convertiré. ¡Pobre insensato! ese tiempo no está en tu voluntad, no lo tienes en tu mano; solo Dios es Señor de él: *No sabe el hombre su fin: sino que como los peces son cazados*

*por el anzuelo y las aves prendidas con el lazo, así los hombres son cazados en el tiempo malo cuando de improviso le sobreviniere*, dice el Sabio en el Eclesiástico.

Mas no basta confesarse simplemente y de cualquier modo; es necesario para cumplir con el precepto, que sea una confesion verdadera. Es un error muy grosero imaginarse que se puede cumplir con confesiones indignas: los papas Alejandro VIII é Inocencio XI condenaron esta perniciosa doctrina. Así seria ménos malo no confesarse, que confesarse mal y falsamente. Llamo confesion mala y falsa la que se hace solo con la boca. Muchos se contentan con confesar los pecados sin estar movidos ni contritos: eso no es confesarse. Confesarse de ese modo es hablar, pero no arrepentirse; así se expresa el papa Nicolao I. Esta es la razon porque la Iglesia permite á los confesores diferir el cumplimiento pascual á sus penitentes si no vienen bien dispuestos, para que trabajen con mas cuidado en disponerse mejor; y esto será la materia de la siguiente leccion.

#### DIA QUINCE.

#### La Asuncion de nuestra Señora.

La opinion mas recibida en la Iglesia fundada en la tradicion, es que despues de la Ascension del Salvador á los cielos, y de la venida del Espiritu Santo, vivió la Virgen veinte y tres años y algunos meses mas en este mundo. Aunque era tan abrasado y tan vivo el deseo que tenia esta divina Señora de seguir al cielo á su querido Hijo, consintió quedarse en la tierra para el consuelo de los fieles, y para atender á las necesidades de la Iglesia recién nacida, conviniendo que su presencia supliese de alguna manera la ausencia corporal de Jesucristo. Lo mucho que podia en el cielo era de gran socorro á los fieles que vivian en la tierra, alcanzando aquellos primeros tiempos de persecucion, sosteniéndose su fe con la noticia y con el consuelo de que aun vivia entre ellos la Madre de su Dios. Era la Virgen su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecia su virtud, animaba su zelo, enseñaba á los doctores, dice el sabio Idiota, y era como el oráculo de los mismos Apóstoles. Y el Abad Ruperto asegura que en cierto modo suplía con sus instrucciones lo

que el Espíritu Santo no tuvo por convenientes descubrirles; y los Santos Padres convienen en que el Evangelista San Lucas supo singularmente de boca de la Santísima Virgen las particulares circunstancias de la infancia del Niño Jesus que dejó especificadas en su Evangelio, y que aun por eso se dice en él que María no dejaba perder cosa alguna de las que entónces pasaban, conservándolas en su memoria y medítándolas en su corazón.

Durante el espacio de estos veinte y tres años, la vida de la Santísima Virgen fué un continuo ejercicio del mas puro amor, y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oracion no interrumpida, y esta misma oracion un éxtasis perpetuo. Visitaba con frecuencia los sagrados lugares que el Salvador habia santificado con su presencia, cumpliendo los misterios de nuestra Redencion. Aunque esta divina Madre vivia en la tierra, su corazón nunca se separaba del de su amado Hijo que habitaba en el cielo. Pasábanse pocos dias sin que Jesucristo se le apareciese; y ninguno en que no conversase familiarmente con los ángeles, singularmente destinados á su servicio; y aunque distante de la celestial Jerusalem mientras duró su habitacion en la tierra, gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Habia casi doce años que residia en Jerusalem la Santísima Virgen, cuando los apóstoles y los discípulos se vieron precisados á retirarse de aquella ciudad, por la persecucion que los judíos suscitaron contra los fieles. Y si el maravilloso progreso que hacia el Evangelio la colmaba de gozo y de consuelo, se templaba mucho este por el furor con que era perseguida la Iglesia. Cuando la Virgen dejó á Jerusalem, se encaminó á Éfeso en compañía de San Juan hácia el año de 45 del Señor; pero sosegada un poco la persecucion, se restituyó á aquella ciudad, en la cual permaneció el resto de su vida.

Mientras tanto, habiendo ya llevado los Apóstoles la luz de la fé á casi todo el universo, y estando ya la Iglesia sólidamente establecida en todas partes, parecia tiempo que la Virgen dejase ya la estancia de la tierra, que consideraba como lugar de destierro. Suspiraba continuamente por aquel feliz momento, que la habia de volver á juntar para siempre con su querido Hijo; cuando un ángel, que se cree fué San Gabriel, la vino á anunciar el dia y la hora de su triunfo. Es cierto que habiendo sido preservada del pecado original, por especial privilegio, como tambien de toda otra culpa d

rante su santísima vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; mas habiéndose sujeta á ella Jesucristo, no quiso María eximirse de padecerla.

Seis circunstancias, á cual mas prodigiosas, observan los Santos Padres en la Asuncion de la Santísima Virgen: Primera, su muerte, que muchos de ellos y algunos Martirologios llaman sueño; Segunda, la glorificacion de su alma en el mismo momento de su separacion; tercera, la sepultura de su santo cuerpo en el lugar de Gethsemani; cuarta, su gloriosa resurreccion tres dias despues; quinta, su triunfante asuncion en cuerpo y alma á los cielos; sesta, su coronacion en la gloria por la Santísima Trinidad.

Algunos Padres antiguos, y entre ellos San Epifanio, parece ponen en duda si murió la Madre de Dios, ó si permaneció inmortal. Autorizaban una duda tan bien fundada así su immaculada Concepcion, como su divina Maternidad; pero la Iglesia en la oracion de este dia expresa con claridad que verdaderamente murió segun la condicion de la carne. San Juan Damasceno dice que no se atreve á llamar *muerte* á esta separacion, sino sueño, ó una union mas íntima con su Dios; un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad. No separó dicen los padres, aquella purísima alma de su santo cuerpo, ni la violencia de la enfermedad, ni el desórden de los humores, ni el desfallecimiento de la naturaleza: rompió aquella union el puro amor divino, y obra suya fué la muerte de la Virgen. Habia encendido el Espíritu Santo en su corazón un amor tan abrasado, que fué un continuo milagro, dice San Bernardo, la vida de María, no siendo posible que sin él sufriese el violento ardor de aquel divino fuego. Cesó este milagro con su muerte. No quiso Dios suspender por mas tiempo el efecto de aquel sagrado incendio: dejéle obrar con toda su fuerza en aquel corazón sin mancha, santuario del divino amor. No pudo naturalmente resistir por mas tiempo á sus esfuerzos; y consumido á violencia de aquellos divinos ardores, terminó sin dolor tan santa vida. O no habia de morir la Santísima Virgen, dice San Ildefonso, ó habia de morir de amor.

Hallábase á la sazón en Jerusalem en la casa del cenáculo. Esparcida la voz entre los fieles de que la Madre de Dios estaba para dejarlos y para ir á ponerse en posesion del glorioso trono que su querido Hijo le tenia preparado en la celestial Jerusalem, no es fácil expresar los contrarios efectos de gozo y de dolor que se apoderaron á

un mismo tiempo de todos sus corazones. Por una parte se consideraban en visperas de verse separados de su querida Madre, que era todo su apoyo y todo su consuelo; por otra reconocían que iba á volverse á unir con su amado Hijo en el cielo, donde seria su abogada con Dios y toda su confianza. De todas partes concurren á ella para recibir su última bendición. San Juan, como sagrado depositario de aquel tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito mas que nunca de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres. Estaba incorporada la Virgen en un humilde lecho, y desde allí consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, dando nuevo aliento á su fe y exhortándolos á la perseverancia; cuando, por un raro prodigio que ella sola tenia sabido que habia de suceder, todos los apóstoles y algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del cenáculo para tributar sus últimos respetos á la Madre del Salvador. San Dionisio Areopagita, que se halló presente, nombra á San Pedro, suprema cabeza de los teólogos; á Santiago, hermano del Señor, á los otros príncipes de la gerarquía eclesiástica; y ademas á San Hierotheo, á San Timoteo, y á otros muchos discípulos de los Apóstoles, de cuyo número era el mismo San Dionisio.

Juvenal, patriarca de Jerusalem, San Andres, obispo de Creta, y San Juan Damasceno con otros Padres, aseguran que los Apóstoles fueron trasportados en una nube por ministerio de ángeles. En el *Tratado de la muerte de la Santísima Virgen*, atribuido á San Meliton, obispo de Sardica, se dice que la Señora tenia en la mano una palma, que el ángel le habia traído, cuando bajo á anunciarla el día y la hora de su muerte. Mientras tanto encendieron muchas velas todos los circunstantes: todos se deshacían en lágrimas, consolándolos á todos la Santísima Virgen; y habiendo exhortado así á los Apóstoles como á los discípulos á predicar el Evangelio con el mayor zelo y valor, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa protección, vió aparecer al Salvador, acompañado de todos los coros de los ángeles, que venían á recibir su dichosísimo espíritu, y á conducirlo como en triunfo al lugar de la bienaventurada inmortalidad. Abrasada entónces el alma con todo el fuego del divino amor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fué conducida en triunfo hasta el trono del mismo Dios.

En el mismo punto en que expiró la Santísima Virgen, se llenó

todo el cuarto de una resplandeciente luz mas brillante que la del sol. Toda la milicia de la corte celestial, dice San Gerónimo, salió al encuentro de la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en honor suyo, que fueron oídos de todos los que se hallaban en el cenáculo. Y aquella alma tan pura, mas santa que todos los ángeles y todos los Santos juntos, fué elevada, dice San Agustin, hasta el trono del Soberano Señor del universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias. Ni era justo, añade el mismo padre, estuviese colocada en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma habia dado á luz en este mundo.

Luego que rindió su espíritu la Santísima Virgen, todos los circunstantes se postraron á sus pies, regándolos con sus lágrimas. Los fieles que se hallaban en Jerusalem y en su contorno, concurren todos apresuradamente á venerar aquel santo cuerpo, santuario del Verbo encarnado, y Arca del Nuevo Testamento. Sanaron todos los enfermos que se presentaron delante de él; y San Juan Damasceno, que trasladó á nuestra noticia todo lo que llegó á entender de la tradición, dice que hasta los mismos judíos sintieron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Después que todos satisficieron su devoción, fué llevado el santo cuerpo al sitio donde se le habia de dar sepultura, que era el pequeño lugar de Gethsemani, distante trescientos pasos de Jerusalem. Llevaban el féretro los Santos Apóstoles, y los seguía el resto de los fieles con velas encendidas, porque los judíos estuvieron tan léjos de oponerse á esta pompa fúnebre, que antes bien ellos mismos se agregaron á ella para hacerla mas numerosa y mas célebre, llenos todos de veneración á María. Fué depositado el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que estaba preparado, y este se cerró con una gruesa piedra. En una carta que Juvenal escribió al emperador Marciano y á la emperatriz Pulcheria, dice que así los Apóstoles como los otros fieles, pasaban los días y las noches junto al sepulcro, sucediéndose unos á otros, y mezclando sus voces y sus cánticos con los ángeles, cuyos suavísimos concientos no se dejaron de oír en todos aquellos tres días. Mas no era conveniente, dice San Agustin, que el Salvador dejase en la sepultura un cuerpo del cual el suyo habia sido formado, ni una carne que en cierta manera era la suya. ¿Quién tendria atrevimiento para imaginar que aquel Hijo de Dios que vino al mundo, no para quebrantar la ley, sino para cumplirla, se dispensase en la mas mínima obligacion de

las que deben los hijos á los padres? Pues ahora aquella misma ley que manda honrar á la madre, manda al mismo tiempo preservarla de todo lo que puede ceder en su deshonra: pudo Jesucristo, concluye el mismo Santo, eximir de la corrupcion el cuerpo de su Santísima Madre: ¿pues quién se atreverá á decir que no lo quiso hacer? Es la corrupcion del cuerpo oprobio de la naturaleza humana: miróle Jesucristo con horror, y por consiguiente lo mismo parece que debió hacer con su Madre.

Con efecto al tercero dia dice San Juan Damasceno, con la mayor parte de los Santos Padres griegos y latinos, como Santo Tomás, el único de los apóstoles que no se habia hallado á la muerte de la Santísima Virgen, desease ansiosamente ver el sagrado cuerpo, disponiendo Dios que no se hallase á la muerte de su Madre, para proporcionar un medio natural de manifestar su gloriosa resurreccion, y pareciéndoles muy justo á los demas Apóstoles darle este consuelo, se abrió el sepulcro; pero quedaron todos gustosamente sorprendidos cuando no encontrarán dentro de él, sino los lienzos y los vestidos con que el Santo cuerpo habia sido amortajado, exhalando de sí una fragancia exquisita, dice San Juan Damasceno, habiendo cesado al cabo de los tres dias la celestial música de los ángeles. Asombrados de tan gran maravilla cerraron el sepulcro, persuadidos que el Verbo Divino, que se habia dignado hacerse hombre y tomar carne en el vientre de la Santísima Virgen, no habia permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupcion, ántes quiso resucitarle tres dias despues de su muerte, y anticipándole la resurreccion general, le hizo entrar triunfante en la gloria. Este es el comun sentido la Iglesia como lo publica todos los años en el oficio de la Octava de esta fiesta. Por eso dijo San Agustin, exponiendo aquello del salmo XV, que aquel santo cuerpo en que tomó carne el Divino Verbo, no podia creer que fuese entregado en presa á los gusanos y á la podredumbre, causándole horror solo el pensarlo: y explicando San Juan Damasceno aquello del profeta: ¿Quién no ve, dice, que la resurreccion de que habla el profeta, es la del Salvador, y la de la Santísima Virgen, aquella arca misteriosa que encerró en su seno la fuente de la santidad?

¿Quién podrá comprender, exclama San Bernardo, la gloria con que subió al cielo la Santísima Virgen! ¿Con qué raptos de amor la salieron al encuentro tantas legiones de ángeles! ¿Con qué afectos de respeto y veneracion, con qué cánticos de alegría la acompa-

fieron! Ni hubo jamas en el mundo triunfo tan glorioso, ni se conoció dia mas célebre, dice San Gerónimo, que este dia en que la Virgen fué elevada á los cielos. Atrevome á decir, exclama el bienaventurado Pedro Damiano, que prescindiendo de la divinidad, la pompa y el aparato de la Asuncion de Maria, fué mayor que el de la Ascension del mismo Jesucristo; pues en la Ascension del Salvador solamente le salieron á recibir los ángeles; pero en la Asuncion de Maria, ademas de todos los espíritus angélicos, el mismo Hijo de Dios salió al encuentro á su Madre, y la condujo hasta lo mas elevado de los cielos. ¿Pues qué nos admiramos ya, dice San Bernardo, de que las celestiales inteligencias se quedasen como extáticas de pasmo preguntándose unas á otras: qué muger es esta? como si dijeran: ¿qué pura criatura igualará jamas la gloria y la santidad de esta muger que sube del desierto, colmada de dulcísimas delicias, y apoyada sobre su mismo amado Hijo? El recibimiento que Salomon hizo á su madre, fué no mas que un imperfecto bosquejo, una oscura sombra del que el Salvador hizo hoy á la Virgen. Dice la Escritura: "Levantóse el rey de su trono, salió á recibir; saludóla profundamente; y volviendo á ocupar su sitial, puso el de su madre á la derecha del suyo." En el misterio de este dia se verifica aquel prodigio que tanto admiró en el cielo el Evangelista San Juan: Una muger vestida del sol, con la luna á sus pies, y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecientes. Si el ojo del hombre no vió, dice San Bernardo, ni el oído oyó, ni cuerpo jamas en su imaginacion lo que tiene Dios preparado para los que le aman, ¿quién podrá nunca explicar ni aun comprender lo que preparó para su Madre; pues que ella sola le amó mas que todos los hombres juntos, y á quien él ama mas que á todas las criaturas? No es posible, dicen los Padres, que persona humana pueda explicar, ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la Virgen. Ni esto debe causar admiracion, dice Arnaldo Chartres: la gloria de Maria en cuerpo y alma en el cielo, no es como la de los demas: hace clase aparte: ocupa un lugar incomparablemente mas elevado que el de los ángeles, pues la gloria que posee Maria, no solo es semeiante á la del Verbo Encarnado, sino en cierta manera la misma.

*La Epístola es del capítulo XXIV del libro de la Sabiduría (Eclesiástico).*

En todas las cosas busqué donde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada. Entónces el Criador de todas las cosas dió sus órdenes, y me habló; y el que á mí me dió el ser, estableció mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arraigaste en medio de mis escogidos. Y así fijé mi estancia en Sion, y fué el lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalem está el trono mio. Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porcion de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitacion fué en la plena reunion de los santos. Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el monte de Sion. Extendí mis ramas como una palma de Cádiz y como el rosal plantado en Jericó: me alcé como un hermoso olivo en los campos, y como el plátano en las plazas junto al agua. Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia: como mirra escogida exhalé suave olor.

*El Evangelio es del capítulo X de San Lucas (pág. 232).*

En aquel tiempo: Entró Jesus en cierta aldea, &c.

#### MEDITACION.

*Sobre la Asuncion de la Santísima Virgen.*

Considera todas las maravillas que se hallan unidas en la fiesta de este dia, y que todas juntas concurren á hacer mas glorioso el triunfo de la Santísima Virgen: su preciosa muerte, efecto del amor mas puro; su resurreccion anticipada, premio de su santidad; su asuncion en cuerpo y alma á los cielos, prueba ilustre de su gloria. ¡Cuántas maravillas se encierran en una sola solemnidad! ¡Cuántos motivos de gozo, de confianza, de veneracion y de amor concurren en esta fiesta! ¡Qué vida tan santa la de la Madre de Dios! Concebida sin pecado, llena de gracia desde el primer instante de su ser; enriquecida con todas las virtudes. ¡Qué inmenso cúmulo de méritos en el instante de su muerte! El amor, mas que la muerte, terminó aquella tan santa vida. No murió la Virgen ni de enfermedad, ni de desfallecimiento: murió por conformarse en todo con su querido Hijo. ¡Pero qué gozo, qué inefable gloria fué la de aquella alma tan querida de Dios, cuando al desprenderse de su santo cuerpo se halló en los brazos de Jesucristo, y fué conducida por

aquel amado Hijo en medio de un innumerable ejército de espíritus celestiales, hasta el trono del mismo Dios! Mas aquel cuerpo tan puro, santuario del Verbo encarnado, aquella carne, de la cual el Espíritu Santo habia formado el cuerpo adorable de Jesucristo, ¡habia de estar sujeto á la corrupcion? No; una reliquia tan preciosa, tan santa no era para la tierra; ni para ser meramente objeto de culto y de veneracion á los pueblos: debia ser colocada en el cielo; y por lo mismo retiró el Señor tan presto del sepulcro aquel sagrado cuerpo. Muerte santa, resurreccion gloriosa, Asuncion triunfante, qué asunto tan copioso de dulces reflexiones! No, no vió jamas el mundo otro triunfo, ni tan pomposo, ni tan brillante, ni tan angusto.

Considera que no es posible explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la Santísima Virgen. Era María un santuario de gracia, y Dios hizo de ella un sublime trono de gloria. Como Reina del universo, solo dá la preferencia á la persona del Rey. Tan elevada está, que parece haberla comunicado toda su gloria el mismo Dios; y es tan poderosa con él, que nunca nos será posible comprender hasta donde llega la extension de su poder. Tres cosas recibió la Santísima Virgen, que solo Dios puede comprender su mérito y su valor: la dignidad de Madre de Dios, la plenitud de gracia de que fué adornada, y la recompensa que corresponde en el cielo á estas dos prerogativas. La recompensa que goza es proporcionada á la gracia, que es su cimiento y su medida; la gracia es proporcionada á la grandeza de la angusta dignidad de Madre de Dios, que es infinita: es pues, preciso, que su gloria exceda tanto á la que gozan los hombres y los ángeles, cuanto la dignidad de Madre de Dios excede á la cualidad de pura criatura. Excede á la gloria de las vírgenes, de quienes es Reina; excede á la de los mártires, de quienes es modelo; excede á la de los apóstoles, á la de los patriarcas y á la de los ángeles, porque los excedió mucho en zelo, en fé y en caridad. Colocada en el trono mas elevado del reino de su Hijo, ¡con qué aclamaciones fué declarada por Reina! Pero siendo su poder proporcionado al alto lugar que ocupa, cuántos motivos da á nuestra esperanza y á nuestra alegría, puesto que este mismo poder nos asegura su proteccion; y la gloria que ella posee es prenda de la que nos está prometida. ¡O qué consuelo para una alma que profesa tierna devocion á la Madre de Dios! ¡Qué aliento á la confianza de los verdaderos siervos de Maria! Con proteccion tan poderosa, ¡qué enemigos de la salvacion se podrán temer? ¡Qué puede to-

do el infierno junto, aunque todo el se desate contra quien María protege? A la verdad, sin pureza no puede haber devocion legítima y verdadera con la Santísima Virgen.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

Es así ó Virgen Santa, que el cielo os posee; pero nosotros no por eso os hemos perdido. En medio de vuestra gloria no nos teneis olvidados, ni jamas nos olvidareis; y desde el trono en que estais sentada, os dignareis de volver hácia nosotros vuestros benignos ojos. Cuanto mas cerca estais de la fuente de las gracias, con mayor abundancia las hareis correr hasta nosotros. Con esta confianza nos postramos á vuestros piés, y os rendimos nuestros humildísimos cultos, os ofrecemos nuestros votos, y dirigimos á vos nuestras fervorosas oraciones.

#### JACULATORIA.

Virgen Santa, míranos desde lo alto del cielo donde estás elevada.

#### LECCION.

*Sobre el modo de disponerse para la confesion.*

Algunos autores cuentan hasta diez y seis condiciones que deben acompañar á la confesion: nosotros explicaremos solamente las mas principales y necesarias. La confesion debe ser primeramente simple, corta, clara é inteligible; de suerte que el confesor se pueda hacer cargo del estado en que se encuentra el penitente. Las confesiones muy estudiadas son mas propias para disimular y encubrir los pecados, que para manifestarlos. Las confesiones largas y llenas de palabras inútiles y vagas, no son las mejores: hacen perder el tiempo al confesor, fatigan su atencion y su paciencia, y la de los demas que están esperando para confesarse. Es necesario cortar las acusaciones vagas, las quejas del gobierno de casa y de los defectos de otros, los razonamientos superfluos que muchas veces se hacen por costumbre; los escrúpulos que hacen volver al penitente dos y tres veces á repetir lo mismo que ya ántes habia dicho. Entendamos que la confesion es un juicio de mansedumbre y de misericordia, y no de disgusto y tortura: fué instituida para aquietar y tranquilizar las conciencias, no para perturbarlas y enredarlas, dice el sagrado, concilio de Trento. Lo segundo, que debe ser la

confesion entera y fiel; es decir, que es necesario confesar todos los pecados mortales de que uno se acuerde despues de un exacto y racional exámen, su número y sus especies. "Es necesario, dice el expresado concilio, que los penitentes expongan en la confesion todas las culpas mortales de que se acuerden, despues de un diligente exámen, aunque sean absolutamente ocultas, y solo cometidas contra los dos últimos preceptos del Decálogo; pues algunas veces dañan mas estas al alma, y son mas peligrosas que las que se han cometido externamente.... Colítese ademas de esto, que se deben explicar tambien en la confesion aquellas circunstancias que mudan la especie de los pecados; pues sin ellas no pueden los penitentes exponer íntegramente los mismos pecados, ni tomar los jueces conocimiento de ellos, ni puede darse que lleguen á formar exacto juicio de su gravedad, ni á imponer á los penitentes la pena proporcionada á ellos." En cuanto á las circunstancias agravantes, esto es, aquellas que hacen el pecado mas grave dentro de la misma especie, como v. g. si uno que roba mil pesos comete mayor pecado que si se hubiera robado uno solo; aunque el santo concilio no decidió si se debian confesar, mas el principio que establece que el penitente debe mostrarse al sacerdote tal cual es, para que pueda conocer el estado de su alma, la malicia y la gravedad de sus pecados, manifiesta en cierto modo la necesidad que hay de declarar en la confesion las circunstancias agravantes, aun cuando no se nos pregunte por el confesor; pues siendo preguntados, es evidente que hay obligacion, como se colige del decreto del Señor Inocencio XI en que condenó la proposicion que decia que no estamos obligados á confesar al sacerdote que pregunta la costumbre de algun pecado. Así es que las personas timoratas se confiesan comunmente de todo lo que agrava el pecado, por razon del tiempo y duracion en él, como por ejemplo de odio, de lascivia, &c.; por razon de la mayor cantidad, peso ó medida, por razon de la persona ofendida si es hermano, pariente, bien hechor, &c. Lo tercero que debe tener la confesion es, ser humilde y prudente. Debemos acusarnos de todos los pecados de que nos remuerde la conciencia, sin esperar á que nos pregunte el confesor. *El justo es el primer acusador de si mismo*, dice el Sabio en sus Proverbios. Si el sacerdote juzga á propósito dilatar la absolucion, es preciso someterse y no disputar con él. *No juzgues contra el juez*, dice el Eclesiástico. No debemos quejarnos tampoco de la penitencia que se nos impone, sino estar persuadidos de



que merecemos mucho mas. Debe tambien hacerse la confesion prudentemente, es decir, declararse los pecados en términos honestos, sin meterse á hablar de los pecados de otros sin necesidad. Sin embargo hay algunos casos en que es necesario descubrir los pecados ajenos, como cuando absolutamente no podemos dar á entender nuestro pecado sin manifestar de algun modo el cómplice, ó cuando la justicia que debemos á otro exige que no podamos sin damnificarle dejar de descubrir al verdadero culpable. Fuera de estos casos nunca es permitido nombrar al cómplice del delito en la confesion. Por último, la confesion debe ser sincera y verdadera; esto es, que se deben declarar los pecados como son en sí, sin excusarlos, disminuirlos ó aumentarlos. Mentir en la confesion con animo de engañar y sorprender al confesor, es por lo comun pecado mortal; tampoco es lícito mentir con el pretexto de humillarse, porque "no puede haber verdadera humildad donde hay falsedad," dice San Agustín.

Para que la confesion tenga las disposiciones que hemos referido y que absolutamente le son necesarias, es indispensable que le preceda el exámen de conciencia, es pues una preparacion sin la cual la confesion no puede salir buena. Aquí se llama la atencion, á los padres de familia. No hablamos con aquellos que del todo se descuidan de la educacion de sus hijos, que no les enseñan ni aun los principales misterios que es preciso saber, y que sin su conocimiento y creencia nadie puede salvarse; hablamos con los que se precian de cristianos, con los muy exactos en las menudencias y nimiedades; pero á ese paso muy descuidados en lo sustancial de nuestra Santa religion. Y si nó, decid, ¿cuándo os tomáis á vuestro cargo el explicar á vuestros hijos, y á vuestros criados la doctrina cristiana, para disponerlos á la confesion? ¿Cuándo les enseñais el verdadero modo de confesarse, poniendo en sus manos ó haciendo que se les lea, alguno de los catecismos, explicacion de los misterios ú otros libros de buena nota, y para el exámen algun otro de los muy conocidos, que sin darles á conocer lo malo, conozcan lo que ya ellos han practicado; pues á vosotros toca elegir lo que deban leer ú oír leer segun su malicia, segun sus costumbres, estado y demas condiciones? Ved vosotros todos, grandes y pequeños, en compendio lo que debéis practicar. Un pecador primeramente debe pensar con seriedad en los pecados que ha cometido á ejemplo del rey Profeta. *Yo publicaré mi iniquidad, y andaré pensati-*

*vo por mi pecado,* dice en uno de sus Salmos. Los términos de que se sirve el concilio Tridentino comprueban esta necesidad. Es constante que solo se pide en la Iglesia á los fieles, que despues de haberse examinado cada uno con suma diligencia, y explorado todos los senos ocultos de su conciencia, confiese los pecados con que se acuerde haber ofendido mortalmente á sus Dios y Señor. Si en medio de toda esta exactitud aconteciere olvidarse algun pecado mortal, la confesion, no obstante eso, será entera, y no será necesario repetirla; pues los pecados olvidados quedarán tambien perdonados: sin embargo, como directamente sobre ellos no ha recaido sentencia alguna, ni han sido absueltos, es preciso que cuando vienen á la memoria se confiesen. Debe advertirse ántes de pasar adelante, que cuando el penitente se halla en próximo peligro de muerte, amenazado de cualquier accidente, de modo que se juzga prudentemente no ha de tener lugar para examinarse, podrá el confesor suplir este defecto, haciéndole varias preguntas conforme á su estado, empleo, edad y demas circunstancias. El tiempo que debe durar el exámen será el que requiera la conciencia de cada uno: no es preciso hacerlo con exceso, ni andar con escrúpulos ni con nimias y prolijas indagaciones, principalmente sobre la materia del sexto precepto cuando haya peligro de caer de nuevo en complacencias; pero sí es necesario decir, que los que se confiesan raras veces necesitan mucho mas tiempo que los que lo hacen con frecuencia; los que están en medio de los negocios y del mundo, mas que los que se han separado de ellos. Téngase bien presente que si por falta culpable de exámen se olvida algun pecado mortal, la confesion es nula, y algunas veces sacrilega. ¿Pero de qué deberíamos examinarlos? La mayor parte de las gentes, principalmente de las que se tienen por piadosas, no encuentran las mas veces pecado en sus ocupaciones. Ellas dicen: Yo no he hurtado, no he muerto alguno, en fin, como hombre de bien no encuentro delito alguno grosero de que avergonzarme; así es que no se reconocen culpadas, y ni saben de qué confesarse. Esto no es exacto y lo manifestarán los tres puntos siguientes: Primero. Sobre el estado y condicion á que Dios los ha llamado. El padre de familia, ¿qué cuidado tiene de enseñar, emplear, y educar á sus hijos? Y no se evadan con que los tienen puestos en la escuela, en el colegio, y que para eso pagan, no; es preciso que uno mismo de cuando en cuando los examine sobre las obligaciones

que todo el mundo, sea literato ó no lo sea, debe desempeñar como cristiano y como ciudadano. Tienen criados, ¿les dan buen ejemplo, los corrigen, les pagan fielmente, procuran instruirlos, como se ha dicho, en la doctrina? Estás en un empleo: ¿Cómo cumples con él? Mira si cumples como cristiano con las obligaciones de tu profesion: Segundo. Hay pecados que son comunes á los de una profesion: hay pecados de estudiantes, de soldados, de ministros de justicia, de mercaderes, de artesanos, de criados, &c. hay pecados de omision, de los que es muy raro el que se acusa. Siendo rico, ¿no es verdad que has dejado de dar limosna? Siendo superior, ¿no has sido omiso en la correccion, &c.? ¿No es constante que nada has hecho para dejar tus costumbres viciosas? No solo nos hemos de examinar de los pecados que hemos cometido, sino tambien de aquellos en que hemos cooperado. Tercero, y último: Reflexiona sobre la reforma de tus costumbres; ¿cuántos años hace que te estás confesando y eres lo mismo ó peor? ¿No has vivido en continua reincidencia y en un círculo de impiedad? Para que hagas bien este exámen, te aconsejo por último, pidas á Dios como Job: *¿Cuántas iniquidades y pecados tengo? Muéstrame mis maldades y delitos.*

#### DIA DIEZ Y SEIS.

#### Santos Roque y Jacinto, confesores.

##### SAN ROQUE.

Fué San Roque hijo de un gentil-hombre de Languedoc, llamado Juan, y de Liberia, muger piadosa, que á fuerza de oraciones lo alcanzó del cielo, en cuya señal se le observó haber nacido con una pequeña cruz de color rojo, como grabada sobre el estómago. Su primera educacion influyó tanto sobre sus naturales inclinaciones, que desde muy niño se hizo notable por la pureza de sus costumbres y por las abstinencias y otras austeridades con que maceraba su tierno cuerpecillo.

Habiendo perdido á sus padres á la edad de veinte años, distribuyó parte de sus bienes secretamente á los pobres, y dejando el resto de ellos en administracion á un tio suyo, partió con direccion á Ro-

ma en trage de peregrino mendicante, con ánimo de pasar una vida oculta, totalmente dedicado al servicio de Dios. Al llegar á Aguardiente, ciudad de la Toscana, sabiendo que habia en ella una devastadora epidemia, deseando prestar un agradable obsequio al Señor, se dirigió luego al hospital á asistir á los pobres en toda clase de servicios así los corporales, como principalmente los que conducian á su eterna salvacion. Tan caritativos cuidados fueron recompensados del cielo con los mas lisongeros efectos en favor de esos desgraciados, lo que decidió á Roque á ocuparse en este género de vida, aunque tan molesto y repugnante á la naturaleza, todo el resto de sus dias.

Luego que terminó la peste en aquella ciudad, se encaminó á Cesena en la Romania, donde el mismo mal hacia los mayores estragos: pasó despues con el mismo objeto á Firmini en la misma provincia, y por todas partes parecia huía el contagio de su presencia; lo que justamente se atribuyó á la bendicion con que Dios premiaba sus trabajos; lo que se hizo tan público, que cada cual queria tener á nuestro peregrino en su casa, y aun corrió la fama que era un ángel que habia tomado esta figura. Trasladóse despues á Roma, igualmente atacada de la enfermedad pestilencial, ocupándose en esta santa ciudad en los propios ejercicios hasta que así por su esmero en la asistencia de los hospitales, como por sus oraciones logró verla libre del mal. Permaneció allí por tres años y al cabo de ese tiempo volvió á recorrer los lugares de Italia en que habia estado antes, prosiguiendo en el cuidado de los enfermos, con la particularidad de que en medio de tantas fatigas, siempre permaneció bueno y sano, y con una complexion robusta.

Despues de haber estado algunos años en diferentes ciudades de Lombardia, pasó á Placencia, donde reinaba una epidemia, y allí se dedicó en el hospital á sus acostumbradas obras de caridad; pero Dios para probarlo y purificar su virtud, permitió fuese tambien del número de los enfermos. Agobiado del trabajo se durmió una noche profundamente, y habiendo despertado se sintió herido de una ardiente fiebre, asociada de un dolor tan insoportable en la pierna izquierda, que á pesar de su gran paciencia y suma conformidad con la voluntad divina, lo obligata á prorumpir en lastimosos quejidos. La grande consideracion que Roque tenia á los enfermos, lo hizo salir del hospital, á pesar de los esfuerzos que se hicieron por dete-